

# La batalla de Adua

Escribe: **FERNANDO SERPA FLORES**

Este año se cumplió el septuagésimo aniversario de la batalla de Adua, en que por primera vez en más de dos mil años, desde las victorias de Aníbal, un ejército africano venció a uno europeo en una batalla campal.

Las tropas enfrentadas eran las del reino italiano en contra de las etíopes. Y el escenario las montañosas planicies abisinias. Era el año de 1896 e Italia, que en 1870 había logrado la unidad, iniciada por Garibaldi y culminada por Mazzini, acariciaba sueños imperiales. Los mismos que en forma tan desastrosa movieron la histriónica figura del Mussolini hace un cuarto de siglo.

Africa estaba despedazada y solamente quedaban independientes, Liberia, en la costa occidental, fruto de un sueño filantrópico y Etiopía, el país cristiano más antiguo del mundo, encerrado en sus altas cumbres de basalto, rodeado de selvas impenetrables y triunfante en la defensa de su soberanía contra la asoladora llama del mahometismo, gracias a la ayuda que le prestó Portugal con sus tercios al mando de un hijo de don Vasco de Gama.

Fue el choque de dos países plenos de historia, en el que la razón estaba, desde luego, de parte de quienes defendían su territorio. Las fuerzas italianas no tenían ya, hacía milenios, la coherente disciplina que les había impuesto César a sus legiones. Ni la versátil movilidad de sus *condottieri*. Eran superiores, ciertamente, en conocimientos técnicos, en equipo y armamento. Pero estaban en tierra extraña y hostil. En tanto que los etíopes defendían su suelo.

El pretexto que se buscó para invadir a Abisinia (este siglo habría de repetirse similar alarde), fue el de un tratado de amistad y comercio, firmado en 1889 con el rey Menelik II en la población de Ucciali, que estaba escrito en dos idiomas, el italiano y el amárico. Una de las cláusulas, que aparecía tan solo en el convenio escrito en italiano, estipulaba, en esencia, que Abisinia sería un protectorado de Italia. Etiopía, naturalmente, protestó por ello ante todos los países europeos, declarando que no necesitaba protección de nadie ya que se hallaba "en las manos de Dios".

Los italianos invadieron, por el mar Rojo, la tierra de los etíopes. Los "aitiopes", como fueron llamados por los griegos, es decir, el país de los hombres "de rostro quemado". Su ejército contaba con catorce mil ita-



lianos y varios miles de nativos. Sus primeros avances no encontraron una resistencia organizada y pudieron llegar hasta Adua, en donde habría de desarrollarse la batalla decisiva.

Los etíopes contaban con un número mayor de soldados, desplegados bajo el mando de sus "ras" o jefes, en tanto que desde la iglesia Edda-Abba Garima situada en una montaña cercana a los acontecimientos desde la que se dominaba todo el grandioso escenario, el rey Menelik y la reina Taitou (quien bautizó la capital imperial, fundada dos lustros antes con el poético nombre de Nueva Flor: Addis Abeba), presenciaban la defensa de su patria por sus súbditos.

Los generales italianos Albertone, Arimondi, Baratieri y Ellena habían tomado sólidas posiciones cuando comenzó el combate, el primero de marzo, a las seis de la mañana, con un ataque frontal a las posiciones del general Albertone, que estaba fortificado en la montaña Samaiata, con su flanco izquierdo emboscado tras algunos arbustos y el derecho parcialmente a campo abierto y el resto atrincherado. Mientras las tropas reales lo atacaban por el centro, las fuerzas al mando del rey Tchlaimanout lo acosaban por la izquierda y el ras Miguel y el ras Mangesha por la derecha.

Fue una avalancha de africanos lo que se les vino encima a los invasores, luego del pesado duelo de artillería italiana que hacía grandes claros en las muchedumbres abisinias, hasta que estas lograron acercarse lo suficiente para envolver las tropas de Albertone, quien inútilmente esperó los refuerzos del general Baratieri.

La ágil caballería Galla embistió a las diez de la mañana con sus númades jinetes acostumbrados por generaciones enteras a vivir sobre sus pequeños caballos. A las once, después de una gran carnicería, el ejército comandado por Albertone se rendía, con lo que las brigadas que lo asediaban pudieron unirse a las tropas que, al mando del ras Merconen, del ras Mangesha, del ras Woly y del Waag Choum Gangul, luchaban contra los generales Arimondi y Ellena, quienes estaban situados con sus huestes en el monte Raio.

Entretanto el ras Miguel llegó en apoyo del ras Aloula, que estaba luchando contra el general Dabormida. El estampido de la artillería se alcanzaba a escuchar en la legendaria ciudad de Auxum, a más de treinta kilómetros de distancia... El general Baratieri, al ver rodeado a su camarada el general Arimondi —quien habría de morir combatiendo valerosamente— optó por retirarse, así como el general Ellena, que se precipitó con sus soldados por la única salida viable, el desfiladero de Memsah, pero no para defenderlo con lo que quizá se habría podido controlar el desastre, sino para escapar, aumentando el pánico y la desmoralización de los soldados vencidos, aterrorizados y sin comandantes.

Una cruel masacre sucedió a la derrota. Las cabezas de los invasores fueron colocadas sobre las rocas, a lado y lado de los caminos. Más por la heroica victoria los etíopes tuvieron que pagar un duro precio. Al comentar la batalla de Adua, el cónsul de Inglaterra Augustus Wylde decía: "No creo que haya quedado una sola aldea que no haya perdido a uno o más de sus pobladores".